



ISLAS FANTÁSTICAS, REINOS FABULOSOS Y CIUDADES MARAVILLOSAS: EL DESCUBRIMIENTO DEL ESPACIO ATLÁNTICO Y DEL MUNDO AMERICANO

Jean-Pierre Sánchez

RESUMEN:

La búsqueda del Edén perdido, el ansia de encontrar aquí ahora reinos y ciudades fabulosas, están presentes en la literatura a través de la historia y también en el afán de descubridores y conquistadores europeos.

Sobre la base de los propios mitos y leyendas, estos aventureros intentaron comprender los nuevos territorios descubiertos.

ABSTRACT:

La quête du paradis perdu, l'envie de rencontrer à l'instant des règnes et des villes merveilleuses, ce sont des motifs toujours présents dans la littérature et à travers l'histoire. De même, nous retrouvons cet esprit dans l'état d'âme des découvreurs et des conquérants européens.

C'est à partir de leurs propres croyances que ces aventuriers ont tenté de comprendre les nouveaux territoires découverts.

La primera etapa de la expansión de los pueblos de la Europa Occidental fue la de la exploración de la Macaronesia, un conjunto de archipiélagos muy útil para lanzarse a la navegación de altura. Las islas Canarias, las de los Azores, Madera y las islas del Cabo Verde sirvieron de refugio, de lugar de escala indispensable para abastecerse, para que las naves pudieran ser reparadas en caso de dificultades.

El mundo del Poniente era considerado, desde la Antigüedad, como un espacio extraño y peligroso. Era una zona atractiva, fascinante, pero inaccesible para los mortales según se creía entonces. Allí, para los Antiguos, se situaban las famosas Islas Afortunadas en donde los bienaventurados gozaban de eterna felicidad. Platón —con la certidumbre de que nadie podría contradecirle— eligió aquel lugar remoto e inexplorado para su célebre Atlántida, un modelo de organización utópica que proponía a sus contemporáneos. Así, en los diálogos *Timeo* y *Critias*, evoca aquel país excepcional que hubiera desaparecido definitivamente a causa de una catástrofe natural. El océano Atlántico, por ser impenetrable para navegantes que no disponían de las embarcaciones adecuadas, albergó mitos, leyendas y relatos fabulosos que alimentaban la imaginación de los hombres del Mediterráneo. El gigante Atlas y sus hijas, las Hespérides que cuidaban del famoso jardín de las manzanas de oro, vivían en la costa oceánica, en las inmediaciones de las Islas Afortunadas. El intrépido Heracles —o Hércules— que se aventuró en busca del célebre vergel había abierto una brecha que permitía descubrir la nada vertiginosa. Sin embargo, había tomado la precaución de avisar a los marineros temerarios, advirtiéndoles de lo peligroso que era adentrarse en el océano, erigiendo dos columnas que marcaban el fin del mundo conocido en el estrecho de Gibraltar. Y aunque unos insensatos habían hecho poco caso de la prohibición, como el cartaginés Hannón o Piteas, el griego de Marsella, seguía siendo el viaje peligrosísimo y los marineros, sin experiencia para

avanzar por el Mar Tenebroso, eran presa del miedo, del terror, que les infundía aquel lugar. No había más remedio que confiar en el provenir, clamar con vehemencia que, a la fuerza, el Hombre tendría que salir con éxito de aquella situación, por sus capacidades que le permitirían salvar el obstáculo. ¿Cuándo? Nadie podía asegurarlo, pero algún día sería. El cordobés Séneca, así declaraba en su tragedia Medea:

“Pasaron años y llegará un tiempo en el que el Océano levantará las barreras del mundo y en que se descubrirá una tierra inmensa; Tetis dará a conocer un nuevo mundo y Tule ya no será la última de las tierras.”

Una afirmación perentoria que algunos –Cristóbal Colón sobre todo– consideraron como una visión profética.

Este mundo líquido, también fue el domicilio del paraíso de los Celtas, *Avalón*, la “isla de los manzanos” puesto que en su idioma *aval* tiene el significado de “manzana”. Y, por la parte noroeste de Europa, muchos tenían materia para soñar.

LAS ISLAS DEL ATLÁNTICO

La isla, sede de la eterna felicidad, universo cerrado y protegido, constituía un territorio favorable para lo maravilloso. Difícil de situar cuando se encontraba alejada de la costa, se transformó a veces en una especie de fantasma. En una época en que la determinación precisa de la longitud era prácticamente imposible, no es extraño que aparecieran o desaparecieran caprichosamente unas tierras perdidas en la inmensidad oceánica.

Los autores de portulanos, con el afán de auxiliar a los navegantes, se tomaron a menudo la libertad de dibujar en sus mapas tierras fantásticas que permitían llenar un vacío angustiante: *isla Antilia*, *isla Brasil*, *isla de San Borondón*, *isla de las Siete Ciudades* y también *isla Verde*, *isla de los Demonios*, *isla de la Man Satanaxio*, etc. Escasas informaciones y recuerdos poco seguros, transmitidos por inciertas expediciones habían forjado la imagen de un universo fantástico y maravilloso que obsesionaba a los audaces marineros. ¿No andaban buscando los ingleses de Bristol, que se carteaban con Cristóbal Colón, la famosa isla *Brasil*? El interés que provocaba esta tierra imposible de encontrar no cesó durante siglos, puesto que todavía aparece la isla en un mapa dibujado en 1865. ¿No será la isla de San Borondón una consecuencia del éxito descomunal que tuvo el poema medieval titulado “*Navigatio sancti Brendani*” del cual se conocen todavía hoy más de cien copias en latín? El periplo de este monje irlandés –que murió hacia el año 577– tuvo una fuerte influencia sobre los marineros del Atlántico. El poema, en que se mezcla lo sobrenatural con lo fantástico, cuenta el viaje de san Brandan –o Brendan, que en castellano se llama Borondón–, con los monjes de su abadía irlandesa, entre los cuales se encontraba san Maló. Descubrió varias islas extraordinarias –islas de las ovejas, isla-ballena– antes de llegar al umbral del paraíso que pudo contemplar, aunque brevemente. Y esta visión le maravilló puesto que relata, embelesado:

“Los árboles están allí siempre llenos de frutas y las flores siempre están abiertas, sin preocuparse de la estación que nunca cambia; siempre es verano y el clima siempre es agradable.”

¿No es de notar cierto parecido entre este descubrimiento atlántico y el de Guanahaní San Salvador? Pero entonces empieza la frustración:

"El joven que les acompañaba durante la visita les dijo: Regresemos ahora; ya no les llevaré más lejos; no se les permite seguir porque todo esto sobrepasa las posibilidades de su entendimiento."

Las creencias de los Celtas estaban impregnadas por esta narración legendaria y maravillosa cuyo eco puede encontrarse en Galicia y Portugal. Allí San Borondón se llamaba San Amaro. Y las aventuras de éste se parecen muchísimo a las del monje irlandés. Ciertos topónimos de Brasil o Argentina prueban la influencia duradera de esta leyenda en tiempos de la colonia. Jacques Cartier, el navegante de San Maló, el tenaz descubridor del río San Lorenzo, que –según documentos de los archivos– hablaba portugués, ¿podía desconocer las aventuras del santo patrón de su ciudad, que fue el ayudante de San Borondón? Y Colón, que permaneció mucho tiempo en Lisboa y vivió en Porto Santo, ¿no se alimentaría con este tipo de aventuras marítimas? ¿No hubiera imaginado la posibilidad de escala en aquellas tierras fantásticas? Sin duda oyó evocar la existencia de la misteriosa isla de las Siete Ciudades puesto que la leyenda es de origen portugués. ¿Qué cuenta esta leyenda? Relata que siete obispos de la península Ibérica –o, mejor dicho, seis obispos además del arzobispo de Oporto– se habían embarcado con sus fieles para huir de los moros que invadieron la península a principios del siglo VIII. Y se habían refugiado en una isla desconocida en donde habían fundado siete ciudades (cada obispo la suya). La isla era muy difícil de situar, pero podía creerse en su existencia. Un comerciante de Flandes, Eustache Delafosse, que navegaba a lo largo de la costa africana en un barco portugués, entre 1479 y 1481, recoge la leyenda en el relato de su viaje:

"Mientras navegábamos vimos varias aves que volaban y los marineros decían que venían de las islas encantadas las cuales nunca aparecen. Y ésta es la razón un obispo de Portugal se refugió allí con todos aquéllos que quisieron acompañarle. Y esto ocurrió antes de los tiempos de Carlomagno [...]. El obispo se salvó con todos aquéllos que quisieron acompañarle y fueron varias naves las que llegaron entonces a las islas, según me contaron los portugueses. El obispo, que era muy sabio, experto en el arte de necromancia, encantó entonces a las islas, de modo que nunca pudiesen ser vistas por nadie hasta que todas las Españas hubiesen sido devueltas a nuestra buena fe católica. Sin embargo, los marineros veían volar a menudo las aves de la isla cuando navegaban por aquellos lugares; pero a causa del encantamiento, nunca veían las islas."

Colón hubiera podido divisar aquella isla puesto que los musulmanes habían sido vencidos pocas semanas antes de que zarpara...

LAS ISLAS AMERICANAS

Durante el primer viaje trasatlántico del genovés las islas desempeñaron un papel importantísimo. No sólo las islas fantásticas heredadas de la tradición antigua y medieval sino también los millares de islas "verdaderas" que Colón pensaba encontrar cerca de las costas asiáticas. Había estudiado muy detenidamente el relato del viaje de Marco Polo, que señalaba, en el capítulo 42, titulado "De la multitud de las islas de la India":

[...] según aseguran los marineros y los pilotos de aquellas regiones y según se sabe por la carta de marear y la observación de los compases del mar de la India, hay en este mar islas en número de mcccclxxviii, contando en total todas las que, según dicen, están habitadas."

Y el Descubridor anotaba en el margen: ".1378. islas". Por eso no podían sorprenderle las numerosas islas con las cuales topó al llegar a América.

Porque la suerte quiso que el Nuevo Mundo tuviese primero el aspecto de un inmenso archipiélago. La incertidumbre respecto a la configuración geográfica de las tierras americanas permaneció durante mucho tiempo. 16 años fueron necesarios para percatarse del carácter insular de Cuba y los exploradores se obstinaron buscando el posible estrecho hacia el Mar del Sur; una búsqueda impaciente que no logró calmar el extraordinario descubrimiento de Magallanes en la región austral. Testimonios de ello son los intentos de Verrazzano o Jacques Cartier a lo largo de la fachada atlántica de Norteamérica o las de Cortés y Alvarado por la costa Pacífica de América Central.

Esta percepción esencialmente marítima de una América compuesta de islas se impuso durante mucho tiempo y puede decirse que, por lo menos hasta 1519 –o sea el tiempo correspondiente a una o dos generaciones de seres humanos– el Nuevo Mundo fue considerado como un mundo insular. Porque las primeras entradas en el Darién, Tierra Firme o Florida no pasaron de sencillas expediciones de reconocimiento del litoral y de un *hinterland* muy reducido. El primero en dar francamente la espalda a la costa fue, sin duda, Hernán Cortés que quiso subrayar su firme intención al ordenar la destrucción de sus navíos en la costa veracruzana.

Este extraño mundo de islas tenía todas las cualidades necesarias para seducir y hacer soñar, permitir unos ensueños que aprovechaban la fuerte contribución de la imaginación europea. El Caribe, con sus paisajes magníficos gozaba de un clima extraordinario. Allí vivían dichosos los indígenas, sumidos en una especie de perpetua felicidad –excepto, claro está, cuando tenían que sufrir los ataques de los feroces caníbales, como señala Colón inmediatamente después de su llegada–; los indios iban desnudos como el día en que nacieron, autorizando de este modo una implícita comparación con el jardín edénico del Génesis o la mítica Edad de Oro que tanto interesaba a los hombres del Renacimiento.

"Los árboles son de tanta belleza y de tanta suavidad que pensábamos estar en el Paraíso terrenal..."

Escribe Américo Vespucci en una carta que lleva la fecha del 18 de julio de 1500. En otra –posiblemente del año 1503– declara también, tras hacer el elogio de las tierras que exploró:

"Y ciertamente si el Paraíso Terrenal en alguna parte de la tierra está, estimo que no estará lejos de aquellos países."

Colón, por su parte, creyó que había llegado a Asia. Y como el continente asiático era el lugar donde, en la Edad Media, se solía situar el Edén bíblico, estaba convencidísimo que andaba por las cercanías del paraíso terrenal cuando se metió, al principio de su tercer viaje, por el golfo de Paria, entre el delta del Orinoco y la isla Trinidad. Varios indicios favorables a su opinión le permitían expresar su convencimiento. Apunta en su diario que el clima es de una extraordinaria suavidad, que los indios son de tez más clara que los seres que viven a la

misma latitud, en África, y sobre todo que el Orinoco lleva al océano tales cantidades de agua dulce que piensa haber encontrado uno de los cuatro ríos que –según el libro del Génesis– salen del paraíso terrenal.

“Grandes indicios son éstos del Paraíso terrenal –asegura–, porque sitio es conforme a la opinión de estos santos e sanos teólogos, y asimismo las señales son muy conformes, que yo jamás leí ni oí que tanta cantidad de agua dulce fuese así adentro e vecina con la salada; y en ello ayuda asimismo la suavísima temperancia, y si de allí del Paraíso no sale, parece aun mayor maravilla, porque no creo que se sepa en el mundo de río tan grande y tan fondo.”

Los exploradores, maravillados fascinados por el exotismo, siempre andaban buscando seres o fenómenos descomunales, monstruosos, según se decía en aquel tiempo. A veces, hasta manifestaban su desengaño al no poder contar el descubrimiento de algún monstruo. Así, explica Colón en su célebre carta a Luis de Santángel:

“En estas islas fasta aquí no he hallado hombres monstrudos como muchos pensaban; mas antes es toda la gente de muy lindo acatamiento...”

Claro que al Almirante le hubiera gustado relatar encuentros sorprendentes; su comentario también revela cual era la mentalidad de los tripulantes que estaban imaginado la presencia de seres monstruosos. Porque aquellos navegantes estaban convencidos de que andaban explorando tierras en donde todo era posible. ¿No estaban llenos los escritos de Marco Polo, de Juan de Mandavila o muchos textos más que apreciaban los hombres del medioevo, como el *Libro de Alexandre*, de miles de anécdotas o detalles fantásticos capaces de excitar la imaginación? Colón y sus marineros era hombres que vivían en su tiempo, muy arraigados a la época medieval que todavía imperaba. Sin embargo, el Almirante puede relatar en el diario de su primer viaje un encuentro interesante. Las Casas, que copió el texto, señala, para la fecha del miércoles 9 de enero de 1493:

“El día pasado, cuando el Almirante iba al río del Oro, dijo que vido tres serenas que salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan, que en alguna manera tenía forma de hombre en la cara. Dijo que otras veces vido algunas en Guinea en la costa de la Manegueta.”

¡Pobre Colón! Frustrado, decepcionado por el aspecto hombruno de aquellas sirenas-manaties que no lograban satisfacer su anhelo. Pero su decepción es también prueba de que estaba al acecho de todo lo que era extraordinario.

El mundo de las Antillas y de las costas de América intertropical, considerado como un inmenso archipiélago, podía aparecer pues como un marco maravilloso. Y sin embargo algunos trataron de reaccionar con lucidez. Los pacíficos Taínos sometidos a la tiranía de los Caribes, se inclinaban a hacer descripciones horribles de sus feroces enemigos. Colón parece haber entendido –pero, ¿podía entender perfectamente a los indios?– que verdaderos monstruos andaban por aquellos contornos:

“Entendió también que lejos de allí había hombres de un ojo y otros con hocicos de perros que comían los hombres, y que en tomando uno lo degollaban y le bebían su sangre, y le cortaban su natura.”

Los recién llegados pensarían, sin duda, en aquellos cinocéfalos tan conocidos y mencionados tantas veces por la literatura medieval. Completaban de este modo las faltas de información debidas a intercambios orales muy difíciles. Unos días más tarde, Colón vuelve a enterarse de lo mismo, pero entonces parece más desconfiado:

{...} y no les podía quitar el temor, y decían que no tenían sino un ojo, y la cara de perro, y creía el Almirante que mentían, y sentía el Almirante que debían de ser del señorío del Gran Can, que los captivaban."

Colón considera que los indios mienten porque según su opinión le están ocultando la verdad, pero no respecto a la existencia de monstruos, sino sobre la procedencia de aquellos terribles predadores: como está convencido de que se encuentra en Asia, adapta la realidad a su modo de ver. Por lo tanto, el poder atractivo de las islas fascinantes no se debilita.

También hay que atribuirle al Descubridor el origen de una leyenda de carácter mítico que iba a tener muchísimo éxito. En el diario de su primer viaje aparece, con la fecha de 6 de enero de 1493, la nota siguiente:

"También diz que supo el Almirante que allí hacia el Leste había una isla adonde no había sino solas mujeres, y esto diz que de muchas personas lo sabía."

Evidentemente el genovés está preocupado por las islas Macho y Hembra señaladas por Marco Polo en los mares asiáticos. Pero la "información" puede sufrir profundas modificaciones si pasa por el filtro de la imaginación de un humanista. Y este humanista fue Pedro Mártir de Anglería, un personaje que vivía en la corte de los Reyes Católicos y recogía los datos procedentes de ultramar para difundirlos con el fin de maravillar a sus correspondientes. Pedro Mártir, buen conocedor de las fábulas mitológicas, interpretó la información, presentándola a su estilo y transformando a aquellas indias que defendían sus chozas con arcos y flechas en verdaderas amazonas:

{...} no actuaban las Amazonas de otro modo. Por lo menos es lo que cuentan, se lo repito. Escribe la primera década de su De Orbe Novo. La transformación le parece más eficaz, más adecuada para seducir a un público cultivado. La procedencia de aquellas amazonas importa poco: es natural que se encuentren en una isla desconocida, viviendo al margen, buscando obstinadamente quedar aisladas. En una de las décadas siguientes intentará corregir su audaz afirmación, seguramente a causa de las reacciones de sorpresa de sus contemporáneos."

Más tarde señalarán unos conquistadores la presencia de amazonas en una isla misteriosa de la costa mexicana del Pacífico. En su cuarta *carta de relación*, con fecha del 15 de octubre de 1524, Hernán Cortés explica a Carlos Quinto que el año anterior un grupo de soldados capitaneados por Gonzalo de Sandoval, que había estado explorando por la parte del poniente, recogió interesantes noticias. Sandoval señala, en el relato de su expedición, que le informaron unos caciques de la provincia de Cihuatlán:

{...} que se afirma mucho haber una isla toda poblada de mujeres, sin varón ninguno, y que en ciertos tiempos van de la tierra firme hombres, con los cuales han acceso, y las que quedan preñadas, si paren mujeres las guardan, y si hombres los echan de su compañía..."

Se nota aquí la influencia de la mitología griega, ya que los exploradores interpretan la información aplicándole sus propios conocimientos de hombres del Viejo Continente. Y sin embargo esta leyenda de las Amazonas de Cihuatlán tiene como base las creencias mitológicas de los mexicas. Las mujeres valerosas –pensaban– iban después de morir a vivir a una región de la parte oeste. Se dedicaban a acompañar al Sol durante su recorrido diario desde el cenit hasta el poniente, reemplazando a los guerreros que le escoltaban por la mañana. Éste es un buen ejemplo de la dificultad que tenían los conquistadores para entender lo que les contaban los indios, de la imposibilidad de intercambios verdaderos cuando se trataba de creencias o ideas.

Pero quizás podamos encontrar otra base para las “noticias” recogidas por la expedición de Sandoval. Los exploradores nunca se hartaban de aquellas aventuras que contaban los libros de caballerías que pudieron servir de punto de referencia a unos soldados ansiosos de maravillas. Tenemos de ello un ejemplo evidente: el nombre que se dio a los indios muy altos que vivían en la extremidad austral del continente procede, sin duda, de la novela Primaleón en la que, precisamente, se habla de un monstruo llamado Patagón. En el caso de Sandoval y sus soldados, bien parece que las referencias proceden del libro de caballería Las Sergas de Esplandián. En el capítulo 157 de la obra se dice:

“Sabed que á la diestra mano de las Indias hubo una isla, llamada California, muy llegada a la parte del Paraíso Terrenal, la cual fue poblada de mujeres negras, sin que algun varon entre ellas hubiese, que casi como las amazonas era su estilo de vivir. Estas eran de valientes cuerpos y esforzados y ardientes corazones y de grandes fuerzas; [...] las sus armas eran todas de oro, y tambien las guarniciones de las bestias fieras, en que, despues de las haber amansado, cabalgaban; que en toda la isla no habia otro metal alguno. [...] Y algunas veces que tenian paces con sus contrarios, mezclábanse con toda seguridad unas con otros, y habian ayuntamientos camales, de donde se seguia quedar muchas dellas preñadas y si parian hembra, guardábanla, y si parian varon, luego era muerto.”

¿Será posible dudar de la influencia que ejercieron los libros de caballerías sobre los conquistadores? La ficción y la realidad se mezclan aquí muy íntimamente, y de modo muy extraño. Aquellas sorprendentes indígenas de las cuales habla Sandoval residían al parecer en una isla. Y es cierto que la exacta configuración de la península de Baja California tardó en imponerse, a pesar de la certidumbre que se tuvo muy rápidamente en Nueva España gracias a las numerosas expediciones de exploración que mandó Cortés por el Pacífico. Finalmente, la toponimia recoge, todavía hoy, el mensaje que transmitieron los hombres del siglo XVI y las mujeres de California pueden andar buscando sus antepasados en... un libro de caballería.

Como se ve, las islas americanas permitían que se utilizaran los recursos de la imaginación. Sería imposible referirse aquí a todas las intervenciones de lo maravilloso que se notan durante los primeros lustros del establecimiento de los hombres del Viejo Continente en el área americana y así nos limitaremos a considerar un último caso en que se solicitó a la imaginación en el marco del archipiélago antillano.

Veinte años después del “Descubrimiento”, los europeos lograban intercambiar mejor con los indígenas. Trataban de conseguir información sobre las regiones que quedaban al margen, sobre esas islas todavía por explorar. Claro que, como siempre, estaban obsesionados por el oro y las riquezas. Entonces apareció la leyenda de la Fuente de la Eterna

Juventud de Bimini. Juan Ponce de León –así como Bartolomé Colón– manifestaba su interés por una isla misteriosa que los indios llamaban Bimini y que se encontraba por la parte de Florida. Así salió de Puerto Rico el 3 de marzo de 1513 en pos de una quimera que nació de supuestas informaciones que dieron los indígenas de Cuba. Éstos, al parecer, cruzaban el canal de las Bahamas para llegar a un río que tenía el poder de remozar a los que se bañaban en sus aguas. Las creencias indígenas servían en este caso de base para la reactivación del mito antiguo de la Fuente de la Eterna Juventud. Y Ponce de León, arrastrado por el viento de locura que sopló entonces en las Antillas, se lanzó a aquella aventura insensata. El cronista y poeta Juan de Castellanos, relata los hechos en sus *Elegías de varones ilustres de Indias*:

*“¡Qué de haciendas, joyas y preseas
Por remozar vendieran los varones!
[...]
La fama pues del agua se vertía
Por los destos cabildos y concejos,
Y con imaginar que ya se vía
En mozos se tornaron muchos viejos:
Prosiguiendo tan loca fantasía
Sin querer ser capaces de consejos;
Y así tomaron muchos el camino
De tan desatinado desatino.”*

Pero no nos olvidemos que, más allá del mito se encuentra el deseo vehemente de enriquecimiento porque, como dice Juan de Castellanos:

*“¡Cuán rico, cuán pujante, cuán potente
Pudiera ser el rey de la tal fuente!”*

Las islas podían tener pues un poder atractivo irresistible. El misterio que emanaba de esas tierras aisladas provocaba una intensa curiosidad, fuente, a menudo, de decepción pero, a la vez provechosa para la dilatación de los conocimientos geográficos. ¿No había estado Colón yendo y viniendo sin parar visitando decenas de islas del mar antillano en busca de riquezas?

Las islas americanas desempeñaron pues, con la ayuda de la imaginación, un papel fundamental. Sin embargo, durante un cuarto de siglo los europeos sólo tuvieron y transmitieron una imagen parcial, insular y seductora de América.

LOS REINOS FABULOSOS DEL CONTINENTE

La segunda generación de exploradores se adentró en los inmensos espacios continentales y descubrió que allí se encontraban reinos fabulosos, bien organizados, con gentes muy civilizadas. Entonces empieza verdaderamente la época de la Conquista que va a durar, como la anterior, más o menos un cuarto de siglo.

Los conquistadores penetraron, con mucho atrevimiento, en el interior del continente y sus ojos pudieron contemplar, embelesados, fantásticos edificios. Delante de ellos tenían las realizaciones impresionantes de sociedades muy adelantadas. Los soldados de Cortés –pobres gentes del campo castellano que sólo conocían –la mayoría por lo menos– una ciudad de importancia, Sevilla, descubrieron, atónitos, la populosa ciudad de Tenochtitlan. El conquis-

tador Bernal Díaz del Castillo relata, en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, el hecho del modo siguiente:

[...] y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha por nivel como iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas y encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cues y edificios que tenían dentro en el agua, y todas de cal y canto; y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que aquí si era entre sueños."

Para esos seres ingenuos la realidad se mezclaba con la ficción. Se acogen a esos libros de caballerías –tan leídos en aquella época– y se plantean el problema de la realidad de la percepción. Es cierto, como lo afirma el historiador Lucien Febvre en su magnífico estudio *Le problème de l'incroyance au XVIe siècle (El problema de la incredulidad en el siglo XVI)*, que en aquellos tiempos los individuos no gozaban de nuestra capacidad de separar netamente lo posible de lo imposible y en estas condiciones no puede sorprendernos que se solicite lo maravilloso. Tenochtitlan y las ciudades satélites, que, según las estimaciones de Jacques Soustelle, agrupaban medio millón de personas bien podían impresionar a los recién llegados, y, además, la capital de los aztecas, edificada sobre las aguas del lago de Texcoco, tenía el carácter de una ciudad fantástica. Pero esta urbe excepcional también tenía otro atractivo: encerraba el importantísimo tesoro de los mexica que los conquistadores pudieron ver y tocar antes de que desapareciera unas semanas después durante la famosa *Noche triste* en que Cortés y sus soldados tuvieron que huir con precipitación y salir de la capital edificada en el lago. Los testimonios que evocan el esplendor de Tenochtitlan, antes del sitio y de la destrucción de la ciudad, permiten comprender la fascinación que ejerció sobre los españoles. Pero es de notar que los invasores quedaron deslumbrados por el reino de Moctezuma en su totalidad.

El continente sorprendía y se podía creer que en los extensos espacios que allí se encontraban existirían más maravillas, más riquezas y tierras extrañas. Se dedicaron entonces los conquistadores a explorar rápidamente el espacio, con la esperanza de descubrir nuevos reinos.

El Darién y la región de Tierra Firme, donde se encontraba en abundancia oro aluvial había excitado la codicia de los exploradores. Efectivamente, allí se cogían granos de oro en las arenas de los ríos y pronto se difundió en España la fantástica leyenda de la pesca del oro que fue un poderoso incentivo, sobre todo para la gente pobre. Las cribas que utilizaban los indios para sacar los precisos granos de metal de las aguas se transformaron muy pronto –gracias a la ayuda de la imaginación– en amplias redes que permitían hacerse con pepitas monstruosas. Y así numerosos aventureros vendieron lo poco que tenían para trasladarse a lugares tan atractivos. El nombre de *Castilla del Oro* que se dio a la parte noroeste de Suramérica es el testimonio de esta fiebre del oro que hizo desaparecer a tanta gente.

Sin embargo, los grandes tesoros estaban más al sur, y allí los descubrieron. El reino de los incas, que saquearon sistemáticamente los conquistadores, fue muy productivo. Los incas, como los aztecas, vivían en una sociedad bien organizada y habían creado una extraordinaria civilización. La región andina era tan impresionante como la zona del Anáhuac. Los europeos, deslumbrados por la sociedad de los incas, descubrieron en los templos y los

palacios fabulosas riquezas. Con mucho orgullo el inca Atahualpa, prisionero de los españoles, se comprometió en entregar increíbles cantidades de metal precioso para pagar su rescate. El valor del botín que sacaron los españoles de la operación sobrepasaba todo lo que habían imaginado. En la capital, Cuzco, se encontraba el templo mayor dedicado al culto del Sol, cuyas paredes estaban tapizadas de placas de metal precioso que sorprendieron a todos los que las vieron. Las riquezas de Cuzco era verdaderamente, excepcionales, sobre todo para unos seres que ni siquiera podían imaginar que existiera tal cantidad de oro y plata. En su obra *Oro y moneda en la historia*, Pierre Vilar da unas precisiones que permiten comprender mejor la sorpresa de los europeos:

“Digamos, para tomar la medida de las distancias, que si el estadista de Foville explicaba maravillado, en 1905, que todo el oro sacado de la tierra hasta aquella fecha hubiese podido caber en un bloque cúbico de 10 metros de lado a lado, un bloque semejante, compuesto con todo el oro de que se podía disponer en la Europa del 1500 [...] no hubiese medido dos metros de lado (8m³).”

Para unos seres que trataban de enriquecerse, la realidad estaba más allá de todas las esperanzas. Quedaban deslumbrados, claro está, por la impresionante cantidad de metal atesorado durante años en la región andina, pero también por el aspecto de ese tesoro tan difícil de concebir. El cronista Pedro de Cieza de León, buen conocedor del imperio de los incas, propone una muy interesante descripción del templo mayor de Cuzco. Explica, por ejemplo:

“Tenían un jardín que los terrones eran pedazos de oro fino y estaba artificiosamente sembrado de maizales, los cuales eran de oro, así las cañas dellos como las hojas y mazorcas; y estaban tan bien plantados que, aunque hiciesen recios vientos, no se arrancaban. Sin todo esto tenían hechas más de veinte ovejas de oro con sus corderos, los pastores con sus hondas y cayados, que las guardaban, hechos deste metal. Había mucha cantidad de tinajas de oro y de plata y esmeraldas, vasos, ollas y todo género de vasijas, todo de oro fino. En fin, era uno de los ricos templos que hubo en el mundo.”

Este famoso *Jardín de oro* excitó la imaginación de los europeos que pensaron haber descubierto una nueva maravilla del Mundo. El carácter original de este tesoro, así como la impresionante casa de fieras del emperador mexicano Moctezuma, fue causa de admiración para seres que no podían siquiera imaginar que existieran tales realizaciones. Se habían descubierto dos reinos fabulosos en el continente: ¿por qué no existirían más reinos maravillosos? Los buscaron con mucha actividad.

Pero el período de la *Conquista*, que permitió tales descubrimientos, también fue tiempo de lucha armada con poderosos contrarios, de enfrentamientos entre puñados de europeos y numerosas tropas indígenas. Paradójicamente, fue en las regiones políticamente menos avanzadas, en Chile por ejemplo, donde la lucha fue más encarnizada hasta cobrar una dimensión épica innegable, como lo prueba *La Araucana* de Alonso de Ercilla. Durante la *Conquista*, que siguió a la *Reconquista*, se conservó el carácter medieval de la cruzada peninsular. La *Conquista* lleva también la marca de lo maravilloso y de lo sobrenatural, por las apariciones de Santiago o de la Virgen María a las cuales se refieren numerosos cronistas y por las exageraciones épica que transformaban favorablemente la realidad. Porque los hombres que cruzaron el Atlántico conservaron mucho tiempo una mentalidad medieval que la percepción del exotismo y de la alteridad no lograba hacer evolucionar rápidamente.

REINOS FABULOSOS Y CIUDADES MARAVILLOSAS

El descubrimiento de los dos grandes imperios americanos en tiempos de la *Conquista*, permitió que se abriera un amplio camino para la imaginación. Los inmensos espacios continentales americanos permitían soñar, pero se trataba de ensueños dorados puesto que la esperanza de enriquecerse siempre estaba presente. Aquellos hombres que se habían apoderado en tan poco tiempo de tesoros inestimables estaban obsesionados por la posibilidad de hallar otras riquezas en lugares todavía inexplorados, en el corazón de fabulosos reinos cuyo secreto quedaba por conocer. No será necesario subrayar el papel eficaz que desempeñaron en este caso los imperios azteca e incaico. ¿Por qué las estepas, las sabanas o la selva tropical no disimularían la existencia de nuevos reinos extraordinarios, mucho más ricos que los que se conocían? ¿Acaso no se había descubierto más oro y plata en el imperio incaico que en la Nueva España? ¿Quién pensara, pocos años antes, que unas urbes tan maravillosas como Tenochtitlan y Cuzco existieran en regiones de acceso tan difícil? No se podía descartar ninguna posibilidad. Sólo se trataba de ir siempre más adelante, más allá de las tierras ya exploradas sin desanimarse, sin temer las terribles barreras geográficas o climáticas que transformaban la progresión en verdadera prueba de iniciación.

Parece necesario subrayar que en aquellos tiempos los europeos andaban esencialmente por la zona intertropical. Este hecho es de sumo interés porque así se acrecentaban las esperanzas de descubrir oro ya que los hombres del siglo XV o del siglo XVI estaban convencidos de que el oro crecía por la influencia de los rayos del sol. Y la zona intertropical, donde se notaba más esta influencia, permitiría pues hacer grandes cosechas de metal amarillo. Pero si hay que reconocer que la fascinación que provocaban el oro y las riquezas fue la causa esencial que permite explicar por qué se organizaron locas expediciones, también es de tomar en cuenta la poderosa aportación de lo maravilloso que produjo efecto de modo constante.

El período de gran actividad de los conquistadores termina con la caída del imperio incaico. Todavía quedaban muchas regiones que dominar, pero ya se habían trazado más o menos los límites del imperio colonial español. Muchos soldados ociosos quedaban en aquellas tierras, lo que constituía un peligro potencial para la tranquilidad de las nuevas colonias. Por eso varios responsables políticos, gobernadores o virreyes, favorecieron –con el apoyo de la Corona– saludables expediciones que, sin gasto excesivo, permitían dilatar las posesiones reales y alejar, a la vez, a esos individuos que podían causar daño.

La gente ociosa, que aspiraba a enriquecerse sin dilación, también tenía tiempo de soñar e imaginar fantásticos proyectos, atraídos por el espejismo de sorprendentes quimeras. Con la ayuda de su experiencia podían creer en la próxima realización de sus sueños. Así pues en el período que sigue inmediatamente al de la lucha armada con los dos grandes imperios americanos fue cuando se manifestaron con más intensidad el delirio de la imaginación y la fuerza atractiva de lo maravilloso. Y, efectivamente, uno puede darse cuenta de que los mayores productos de la imaginación aparecen hacia 1534 y se desarrollan durante unos diez años antes de evolucionar y mantenerse a veces de modo perdurable.

En octubre de 1535, cuando se encontraba por segunda vez en tierra canadienses, Jacques Cartier inmovilizado en las aguas heladas del río San Lorenzo, se enteró, gracias a los indios de Stadaconé –hoy día la ciudad de Québec– que hacia el noroeste se encontraba un reino fabuloso que se nombraba *Saguenay*. Según las afirmaciones de Cartier aquel reino sería muy populoso y muy rico. El *Saguenay* nunca se descubrió pero permitió soñar. Fue *El*

Dorado del rey de Francia Francisco I. En el relato de su segundo viaje Cartier señala que en aquel reino extraordinario hay numerosas ciudades. Esta precisión es de sumo interés porque ahora aparecen grupos de gentes civilizadas que viven en urbes importantes. ¿Sería un intento de tipo propagandístico para conseguir la benevolencia de su señor, o estaría soñando Cartier en un descubrimiento parecido al de Tenochtitlan con otra Nueva España? De todos modos, también se imponía en Francia el modelo colonial ibérico.

Simultáneamente nacía en Suramérica la leyenda de *El Dorado* que fue creciendo con el tiempo para alcanzar una verdadera dimensión mítica. En 1534 –fecha precisa que aparece en un documento de archivo con fecha 3 de octubre de 1542– el conquistador Luis Daza se apoderó de un indio muy particular que hizo hablar mucho de él. Los españoles estaban luchando entonces contra el general inca Rumiñahui que se había refugiado en el norte del imperio después de la derrota de Atahualpa. Y los conquistadores creían que este general, que se encontraba en la región de Quito, se había llevado gran parte del tesoro del inca prisionero. Luis Daza tuvo entonces la suerte de apoderarse de un jefe militar que llevaba unas placas de oro a modo de armadura y usaba armas del mismo metal. Como se dijo que ese extraño individuo que se había juntado con Rumiñahui era oriundo de la región de Bogotá, se pensó que el rey de aquellas tierras disponía de cantidades de oro descomunales. Al prisionero se le llamó el *indio dorado*, y el reino de donde venía también fue bautizado *El Dorado*. Acababa de nacer una leyenda.

El interés que mostraron los europeos por los altiplanos colombianos no se puede negar: tres expediciones llegaron a juntarse en el mismo lugar y fundaron la ciudad de Santa Fe de Bogotá. Saliendo de la zona costera de Colombia o de Venezuela, pero también de la zona de Quito o siguiendo río arriba por el Orinoco, iban los aventureros buscando los lugares donde crecía oro abundante ya que los ríos de Castilla del Oro proporcionaban apreciables cantidades de pepitas que, sin duda, procedían de las partes más altas. Y es cierto que los indios de aquellas tierras, muy expertos en el arte de la orfebrería, disponían de mucho metal precioso. Además, los indígenas, que ofrecían importantes tesoros de oro o esmeraldas a sus dioses, daban explicaciones que permitían imaginar la existencia de un país muy rico llamado *Meta* y del famoso templo de *Dabaibe*. A un cacique que vivía a orillas del lago Guatavita –cerca de Bogotá– le untaban de resina y espolvoreaban oro por todo su cuerpo antes de que saliese en una balsa para tirar metal y esmeraldas en el medio del lago. Prueba de ello la tenemos en esas estatuas pequeñas que se encontraron en el fondo del lago de Siecha –que está muy cerca del Guatavita– y que representan aquella ceremonia. Existían pues serias razones para creer que se podría descubrir el reino fabuloso del Dorado. Pero este reino nunca apareció y los aventureros fueron más adelante, explorando la parte baja de los Andes, los llanos venezolanos y la selva ecuatorial. Así, por un largo movimiento de traslación, el reino del Dorado se ubicó en la zona de difícil acceso que se encuentra en el Orinoco y el río de las Amazonas.

Porque, por fin, se vio a las amazonas de Suramérica. Es además, según parece, el único caso en que unos testigos aseguraron que habían visto a aquellas feroces viragas, a pesar de que la existencia de tribus de mujeres guerreras hubiese sido señalada por diversas partes del continente. Los que tuvieron la suerte de ver a las amazonas fueron Francisco de Orellana y sus compañeros que navegaron por el –famoso desde entonces– río de las Amazonas en 1542. Orellana había salido con un destacamento, intentando conseguir comida para las tropas de Gonzalo Pizarro que andaba buscando el País de la Canela por los Andes ecuatorianos. Se metió por el río Coca y luego por el río Napo hasta llegar al Marañón (que es el nombre de la parte occidental del río de las Amazonas). Y tras unas semanas de navegación,

cruzando todo el continente, se encontró en la costa atlántica. Durante este viaje es cuando se presentó la ocasión de ver a las amazonas. El relato del viaje lo escribió Fray Juan de Carvajal que explica cómo aquellas guerreras incitaban a los indios a luchar contra los forasteros:

"Han de saber que ellos son sujetos y tributarios a las amazonas y, sabida nuestra venida, vanles a pedir socorro y vinieron hasta diez o doce, que éstas vimos nosotros, que andaban peleando delante de los indios, como por capitanes, y peleaban ellas tan animosamente que los indios no osaban volver las espaldas, y al que las volvía, delante de nosotros le mataban a palos, y ésta es la causa por donde los indios se defendían tanto."

Seguidamente, el religioso describe a esas mujeres:

"Estas mujeres son muy altas y blancas y tiene el cabello negro y entranzado y revuelto a la cabeza: son muy membrudas, andaban desnudas en cueros y atapadas sus vergüenzas, con sus arcos y flechas en las manos, haciendo tanta guerra como diez indios"...

Según lo que dijeron los indios, las amazonas gobernarían un reino misterioso ubicado en el corazón de la selva ya que el relato de Fray Gaspar de Carvajal precisa que los indígenas que lucharon contra los españoles eran vasallos tributarios de aquellas mujeres.

Pero en medio de la selva existiría otra maravilla: la capital de las amazonas que parece muy estimable. El religioso explica entonces:

"[...] dice que en la cibdad donde reside la dicha señora hay cinco casas del sol a donde tienen sus ídolos de oro y plata en figura de mujeres y muchas más vasijas que les tienen ofrecidas, y que estas casas, desde el cimientto hasta medio estado de alto, están planchadas de plata todas a la redonda y a sus asentaderos, de la misma plata, puestos junto a las planchas, a donde se sientan cuando va a hacer sus borracherías..."

Se nota aquí la importancia y la fama del imperio incaico del cual se tomaron algunos datos. ¿Se debe esto a los indios de la selva, que conocían la existencia del imperio incaico, o a una interpretación europea de las explicaciones que dieron los indígenas, a la luz de lo que se sabía en Quito? Es imposible encontrar la solución de este problema pero no deja de ser interesante la observación de los hechos. Pero lo que se puede subrayar es la aparición de la ciudad llena de riquezas como elemento fascinante, hasta en un lugar muy aislado y de poca amenidad.

Estas amazonas, presentadas ahora como gobernadoras de un rico reino, pasaron a ser legendarias –un río lleva su nombre– e intervinieron en el desarrollo del mito de *El Dorado*. La amalgama de todos aquellos elementos que fueron apareciendo a lo largo de los años tuvo como consecuencia el nacimiento de un reino fabuloso en un lugar casi inaccesible. *El Dorado* tuvo una gran influencia. Generaciones de seres salieron en su busca o se refugiaron en las delicias de la imaginación. No puede existir mejor empleo de ensueño dorado. Y este reino maravilloso vino a ser muy pronto el joyero de un tesoro sin par: la ciudad de Manoa de *El Dorado*, que se ubicó a orillas de un lago que llevaba el nombre de *Parime*, que los mapas señalan por el sur de las Guayanas hasta el siglo XVIII. Manoa, ciudad fascinante, era considerada como una fuente inextinguible de riquezas. Pero estas riquezas todavía quedaban por descubrir... *El Dorado* permitía muchas esperanzas. Unas esperanzas que se transformaban

en desengaño. Pero siempre renacían porque la imagen de la felicidad que daban las riquezas autorizaba su perpetua duración. Un verdadero mito había aparecido en el interior del continente. La idea de la existencia posible de un país donde se podía encontrar oro se había transformado para dejar paso a la de un reino misterioso que defendían las feroces amazonas y terminar con la aparición del espejismo de una ciudad extraordinariamente rica que sustituía, finalmente, al paraíso terrenal que Colón situaba antaño, precisamente, en aquella región.

Sin duda el espejismo de *El Dorado* se había forjado a partir de la realidad del imperio incaico, transformándose en una especie de eco de éste, así como la famosa *Sierra de la Plata* que gobernaba un misterioso *Rey Blanco* que andaban buscando los exploradores que a partir de las costas atlánticas encaminaban sus pasos hacia el oeste, o como el *Reino del Gran Paitití* –creación contemporánea de *El Dorado*– que, según se decía, estaba gobernado por ricos herederos del imperio andino que huyeron de la invasión de los conquistadores españoles. Allá, en la parte suroeste de Brasil, en una región difícil de encontrar ubicada al este de la Cordillera, estaría el *Reino del Gran Paitití*. Es de notar que nos encontramos, también en este caso, en la región de la selva. Este nuevo *El Dorado* dio muchos ánimos a los exploradores del río Paraguay.

Los términos “rey” o “reino” que se empleaban de manera abusiva o a imitación del estilo de los libros de caballerías, suelen aparecer frecuentemente para referirse a productos de la imaginación que, evidentemente, tienen bases europeas. El reino implica una organización política, una sociedad ordenada siendo así muy diferente de lo que son un “país rico” o una región con recursos excepcionales. Pero, como se dijo en el caso de la evolución de *El Dorado*, la última etapa corresponde a veces a la de la aparición de una ciudad maravillosa que a la idea de la riqueza añade la de una civilización muy avanzada. La ciudad junta todo lo mejor, viene a ser como un faro, un imán de irresistible poder atractivo. Manoa, en el corazón de *El Dorado*, era como una torre protegida en medio de un recinto de murallas impenetrables. El aislamiento, así acentuado aumentaba el misterio y la dificultad.

Similar es el caso de la fantástica *Ciudad de los Césares*, perdida en la parte austral del continente, que, decían, estaba poblada por seres de tez blanca sobrevivientes de la expedición capitaneada por Francisco César que exploró la región del Paraná en 1528, o por gentes que se salvaron de un naufragio en el estrecho de Magallanes. Las noticias que se recogieron sobre esta ciudad patagónica, que algunos anduvieron buscando hasta... el siglo XX, quedaban muy imprecisas. Se imaginó una ciudad rodeada de murallas, con casas que tenía techos de plata y cuyos habitantes vivían en feliz aislamiento, ayudados por indios vecinos cómplices, y se negaban a cualquier tipo de contacto con la gente del exterior. Esta quimera la utilizó, en el siglo XVII, el escocés James Burgh para crear su relato utópico, del mismo modo que, en el siglo XVIII, Voltaire se sirvió de *El Dorado* en su cuento filosófico *Candide*.

Pero el lugar donde la ciudad desempeñó el papel más importante es, quizás, la parte norte de Nueva España. La zona del golfo de California daba muchas esperanzas. Se creía que se encontraban en aquella región todavía por explorar siete ciudades ricas y misteriosas cuya importancia podía igualar, o superar la de la maravillosa ciudad de Tenochtitlan tan impresionante hasta la llegada de los europeos. El sueño tenía como base la experiencia pero también estribaba en la información que daban los indígenas puesto que los indios contaban a los españoles relatos mitológicos del origen de los mexica. Según decían, los aztecas se habían establecido en el lago de Texcoco tras haber salido de un país misterioso que situaban en el norte de Nueva España, en la región de los indios Pueblos, y sus antepasados, que salieron de

siete cuevas, habían decidido trasladarse hacia el sur, para disponer de tierras más fértiles y acogedoras. Quizás sea ésta la explicación adecuada para entender la leyenda de las siete ciudades de la región septentrional.

La llegada inopinada, en 1536, de Álvar Núñez Cabeza de Vaca y sus tres compañeros –entre los cuales estaba el “negro alárabe” Estebanico de Azamor, un criado de origen marroquí– vino a confirmar los rumores que circulaban con insistencia dentro del mundillo colonial acerca de la supuesta riqueza de las tierras del norte. Cabeza de Vaca y sus compañeros eran sobrevivientes de la desgraciada expedición de Pánfilo de Narváez que estuvo explorando las costa de Florida y el Golfo de México. Considerados por los indios como poderosos hechiceros, habían logrado salvarse al cabo de ocho años, cruzando toda la parte sur de Estados Unidos hasta llegar a la costa pacífica. Eran los primeros europeos que habían visitado esa zona que presentaban como un país rico con grandes aglomeraciones urbanas pobladas por gente civilizada. Estas noticias fueron suficientes para que los colonos de Nueva España se emocionaran. El franciscano Fray Marco de Niza –que fue uno de los informadores de Las Casas sobre los asuntos peruanos– salió entonces a reconocer aquellas tierras, en septiembre de 1538, acompañado por el “negro” Estebanico, según las disposiciones tomadas por el virrey don Antonio de Mendoza. Porque esta exploración, casi clandestina, había sido decidida, seguramente, tras negociaciones entre el virrey y los franciscanos de Nueva España, quizá para poner un freno a las ambiciones de Hernán Cortés que mandaba sus navíos a lo largo de las costas del Pacífico. Fray Marcos y su compañero se adentraron pues en las tierras casi desérticas del noroeste, Estebanico, que iba adelante, murió por ser muy atrevido, y Fray Marcos cuenta en la relación de su viaje que llegó a divisar, desde muy lejos, cuando salía el sol, una maravillosa ciudad donde se hallaban piedras preciosas en abundancia y que defendían con mucha determinación sus habitantes. A esta ciudad la llamaban los indios *Cíbola*. Pero, según decían, *Cíbola* sólo era una muestra de un país en que se encontraban siete ricas ciudades.

Apenas regresó Fray Marcos, el virrey organizó –al principio del año 1540– una poderosa expedición, que puso bajo el mando de Francisco Vázquez de Coronado. Pero aquello terminó por un fracaso total. No aparecieron las ricas ciudades, sólo se descubrieron unas chozas y los soldados regresaron muy amargos y desengañados. Pero volvieron a nacer las esperanzas y se dijo entonces que mucho más lejos se ubicaba el reino de *Quivira* que no defraudaría a los que se atrevieran a buscarlo.

Como lo demostró el hispanista Robert Ricard, el “negro” Estebanico había vivido durante muchos años en un ámbito portugués. Entonces es muy posible que se hubiera enterado de la famosa leyenda de la isla de las Siete Ciudades que anteriormente se mencionó. Puede ser él el responsable de la amalgama que se hizo, situando en esta zona americana que estaba cerca del Pacífico las célebres ciudades legendarias que bien conocían los habitantes de la Península Ibérica. No es muy fácil desenmarañar los hilos de este asunto. De todos modos, aparecen de nuevo en *Cíbola* unas bases míticas o legendarias en las que estriba un fantástico edificio capaz de atraer a los aventureros y seducir a las autoridades coloniales. El fracaso de *Cíbola* permitió, sin embargo, el progreso de los conocimientos geográficos puesto que fueron explorados extensos territorios aislados.

TIEMPO, ESPACIO Y MENTALIDADES

No cabe duda de que los productos de la imaginación, que tanto deben a la voluntad de enriquecerse, dieron un nuevo impulso al proceso de expansión europea, encaminándola por regiones de acceso muy difícil, y esto en el momento en que el esfuerzo conquistador empezaba a carecer de vigor. Los reinos fantásticos y las ciudades maravillosas fueron entonces la nueva meta en los amplios espacios de un continente cuyos inmensos recursos se dejaban ver. La progresión, en el tiempo y en el espacio había permitido la evolución de las mentalidades.

Cuando los exploradores se lanzan a aquellas inciertas y peligrosas aventuras, ya ha transcurrido más de medio siglo desde el “Descubrimiento”. Los hombres han cambiado, ya no pertenecen a la misma generación. ¡Qué diferencia entre las fantásticas ilusiones de Colón que se acogía a la imagen del paraíso terrenal, y la voluntad más “laica”, más materialista, de hacerse con reinos y ciudades capaces de asegurar una felicidad infinita pero terrenal que tenía como base el poder del oro y de las riquezas! La aparición de sociedades poderosas y bien organizadas y, sobre todo, de los tesoros excepcionales que habían juntado, había cambiado el rumbo de las esperanzas. Los europeos ya no estaban en la etapa de los primeros contactos, de la sencilla percepción de un maravilloso exotismo que intentaban acomodar a concepciones del Viejo Mundo. Ahora construían fantásticos edificios sobre bases americanas, recurriendo, mal que bien, a las creencias y explicaciones mitológicas o legendarias que solicitaban –a veces con mucha insistencia– de unos indígenas a los cuales entendían mejor ahora, con medio siglo de experiencia. Pero sin descartar completamente lo europeo, amoldándolo a nuevas condiciones y nuevas circunstancias, “americanizando” las creencias de sus antepasados. Sería demasiado largo presentar aquí un ejemplo que necesitaría muchas explicaciones, pero puede decirse que, con mucha probabilidad, el mito de *El Dorado* bien puede ser una transposición americana del famoso mito griego del Toisón de Oro, que tanta fama tenía entre los hombres del Renacimiento. El oro, las Amazonas, la progresión con carácter de iniciación, la navegación, son elementos que se encuentran en ambos y permiten compararlos... El Renacimiento con la preocupación constante que manifestaba por la Antigüedad, con sus ideales nuevos y la transformación profunda de las mentalidades que engendró, se iba imponiendo, iba borrando poco a poco la Edad Media, pero ésta no había desaparecido por completo: las Siete Ciudades de Cíbola son prueba de ello.

A imitación de la progresión en el tiempo, la progresión en el espacio permitió la aparición y el desarrollo de los productos de la imaginación. Miles de oportunidades surgían gracias a la diversidad de los paisajes americanos y de los seres que allí vivían. La extensión de los territorios que se habían explorado, y, sobre todo, la de los que quedaban por explorar, favorecían las esperanzas y facilitaban la supervivencia de países fantásticos y ciudades maravillosas que tenían que permanecer en su aislamiento para que se mantuviese su carácter misterioso. Un territorio extenso permitía creer en la multiplicación de las riquezas y la dilatación del espacio podía servir de disculpa cuando se experimentaban repetidos fracasos. La culpa la tenían los errores de orientación, los malos informadores o, sencillamente, la poca suerte. En estas condiciones, la ausencia de éxito sólo podía ser provisional y así podían renacer las esperanzas. Porque el reino fantástico o la ciudad maravillosa siempre parecían estar muy cerca mientras se ocultaba a las miradas de los aventureros. Así algunas leyendas se transformaron en verdaderos mitos, siempre inaccesibles y sin embargo siempre presentes. Bastaba con cambiar de rumbo, ir más allá de los límites conocidos: la inmensidad del espacio garantizaba pues la supervivencia de mitos tan relacionados con la geografía.

Hay que señalar, por fin, el papel que desempeñó el exotismo. En un mundo sorprendente y fascinante se abría muy grande el camino de la fantasía. En un ambiente de este tipo, nada podía parecer inverosímil, sobre todo para los hombres del siglo XVI.

Islas fantásticas, reinos fabulosos, ciudades maravillosas acompañaron a los europeos en el proceso de expansión hacia el poniente. Los sueños de los hombres del Viejo continente se adaptaron, a lo largo de los años, siguiendo la progresión geográfica. Quedaron fascinados por las islas cuando estaban explorando el Atlántico y este Mediterráneo americano que surcaron sus naves durante un cuarto de siglo, antes de que se atrevieran a aventurarse por los espacios continentales. El descubrimiento de las civilizaciones muy avanzadas del interior, con sus inmensos tesoros, acrecentaron el deseo de apoderarse de riquezas que parecían inextinguibles. Pero el continente, tan dilatado, permitió que se desarrollaran aquellos productos de una loca imaginación que no hubieran existido sin la aportación de los indígenas y las posibilidades de perpetuo renacimiento que garantizaba un espacio imposible de dominar.

Los europeos se sirvieron de lo que bien conocían, basándose en sus propios mitos y leyendas para intentar comprender una realidad demasiado extraña. Pero, gracias a la experiencia que adquirieron en tierras americanas y a la necesidad de integrar nuevos elementos, adaptaron sus aspiraciones al terreno y a las circunstancias, creando fantásticos reinos y ciudades singulares que les dejaban entrever un paraíso verdaderamente terrenal. La evolución de las mentalidades que conocía entonces Europa, también puede percibirse en América, gracias a estos productos de la imaginación que se multiplicaron a mediados del siglo XVI. Sería, pues, difícil comprender todos los mecanismos del proceso de expansión europea sin tomar en cuenta una dimensión psicológica que merece mucha atención.